

JUAN PEDRO COSANO

EL  
ABOGADO  
DE ROJOS



  
ESPASA

JUAN PEDRO COSANO  
EL ABOGADO DE ROJOS



© Juan Pedro Cosano, 2024  
© Editorial Planeta, S. A., 2024  
Espasa, sello editorial  
de Editorial Planeta, S.A.

Primera edición: enero de 2024

Depósito legal: B. 21.809-2023  
ISBN: 978-84-670-7163-4

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España / *Printed in Spain*  
Impresión: Rodesa, S. A.

Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona



## «PUES YA HEMOS PASAO»

Si no fuese porque estaba convencido de que ni el día ni el momento se prestaban a risas, y porque yo tampoco era muy dado a ellas, habría estallado en una carcajada que hubiese llamado la atención de más de uno. Contemplé de nuevo, con una sensación que era tanto de incredulidad y de asombro como de comprensión de la naturaleza humana, la cara enrojecida de Aurelio Roldán, su brazo diestro alzado, extendidos y muy juntos los dedos de su mano, hacia abajo la palma encallecida, los músculos del cuello hinchados como sogas, el rictus enfebrecido, los gruesos labios, agrietados por el tabaco, abriéndose y cerrándose rítmicamente en ese grito atronador:

—¡Franco, Franco, Franco! ¡Viva Franco! ¡Viva Franco! ¡Viva el libertador de Madrid! ¡Arriba España! ¡Arriba España!

Aurelio Roldán era un camarero sesentón que trabajaba en el café Barceló, entre las calles Montera y Alcalá, cerca de la farmacia Company, en cuyos aposentos más recónditos, se decía, ofrecían sus encantos por un puñado de pesetas señoritas en las que el hambre había vencido a la vergüenza. Lo conocía de las pocas veces en que había visitado aquel establecimiento con Roberto Calero. Desde julio del treinta y seis hasta el día de hoy, miércoles 28 de marzo de 1939, a Aurelio Roldán, mientras servía cafés y vermús, ponches y anisetes,

chocolate a la taza con churros, bartolillos y napolitanas de crema, que allí sí que las había, lo más suave que se le había oído decir del general Franco era «enano cabrón». Y eso si estaba de buenas. Y, sin embargo, ahí estaba ahora, cerca de Recoletos, en ese día en que, tras años de asedio, Madrid había caído, dando vivas como un loco, intentando escapar de la sombra de un chopo decrepito para que todos pudieran observar su fervor patriótico, su comunión inquebrantable con los vencedores, el brazo derecho enhiesto, el izquierdo agitando al aire su vieja gorra de paño gris y la cara congestionada de tanto grito:

—¡Viva Franco! ¡Viva Franco! ¡Franco, Franco, Franco...!

Y no era el único: decenas, cientos, miles de madrileños, hombres, mujeres y niños, habían salido a la calle para recibir entusiásticamente a las tropas nacionales. Y miles también de banderas rojigualdas flameaban en los balcones de la capital, contrastando enormemente su presencia multicolor con tanta fachada ennegrecida, con tanta pared medio derruida, con tanto hueco del bocado hambriento de las bombas, con tanto quebranto, en los muros y en las almas, y tanta devastación. Y con tanto silencio fúnebre como había habido en la ciudad en las horas precedentes.

Regresaba de hacer unas gestiones bancarias cerca de Recoletos, en la sucursal del Hispano en Alcalá, 70 —frustradas, pues en la sucursal no había Dios que entrase, de tanta gente como se agolpaba enarbolando prisas y cartillas escualidas—, cuando la algarabía llamó mi atención. Me acerqué al paseo, conjeturando lo que ocurría, pues ya se había extendido por Madrid la noticia de que el coronel Prada, que había sucedido a Casado al frente de las ruinas del ejército rojo, había entregado la plaza en las trincheras de Ciudad Universitaria y que los generales Menéndez y Escobar aguardaban en sus puestos a la espera de la rendición incondicional. Y allí estaban, las tropas de Franco, entrando triunfalmente en la capital de España.

—¡¿No decían que no íbamos a pasar?! ¡Pues ya hemos *pasao!*

Me dije para mí que, después de todo lo que habíamos sufrido en Madrid durante la guerra, ese entusiasmo era comprensible. Habían sido muchos meses, años, de guerra. Muchos meses, muchos años, de vigiliatemiendo el estruendo de los morteros o los escupitajos flamígeros de los aviones alemanes. Muchos meses, muchos años, de comer a base de arroz, lentejas y alfalfa primero; y de cardos borriqueros, mondas de naranjas y tortillas sin huevo después. Muchos meses, muchos años de racionamiento, alpargatas y monos azules. Muchos años de terrores, de *sacas*, de miedos murmurados, de milicianos descampados, fusilamientos al alba y de checas. De colas en los comedores colectivos, ruidos de cañones y ametralladoras. De incertidumbres, de miedos, de privaciones, de sacos terreros y barricadas.

Muchos años, sí.

Demasiados.

Y por eso era comprensible ese entusiasmo. Esas ganas de dejarlo todo atrás y comenzar de nuevo. No había de qué extrañarse, pues, por más que, pese a todo, me costase compartir la alegría. Me habría encantado poder sumarme a las aclamaciones, compartir aquel regocijo desbordado, unirme al frenesí, ser uno más de esa multitud que vitoreaba, pero la verdad era que, simple y llanamente, no me salía de dentro. En mi corazón, en esos instantes de éxtasis colectivo, no palpaba la dicha, sino una sensación indefinible, híbrida de alivio, de dudas y prevenciones. Porque, pese a que conservaba la esperanza de que todo lo malo que habíamos vivido en Madrid los últimos tres años por fin se acabara, también barruntaba en qué podía desembocar toda aquella exaltación. Temía que, como tantas veces había sucedido en la historia del hombre, el frenesí fuera el germen de los desafueros. Y de desafueros ya estábamos los madrileños —yo, al menos— bien servidos.

Tampoco pude evitar sentir algo de lástima por el camarero Roldán, por ese hombrecillo que lanzaba vivas a Franco mientras hacía ondear al viento su gorra de paño.

Mientras pensaba en eso, oí que los gritos y los vivas se redoblaban. Que resonaban con singular bullicio. «¡¿No decían que no íbamos a pasar?! ¡Pues ya hemos *pasao!* ¡Franco, Franco, Franco!».

Aparté la vista del camarero Roldán y volví a fijarla en la calzada. Advertí que detrás de los camiones Henschel y Lancia repletos de soldados franquistas que contemplaban Madrid —¡el inalcanzable, inabordable, inconquistable Madrid, ya hemos *pasao!*— con expresiones mezcla de aturdimiento y júbilo, aún tiznados sus rostros, vendados algunos, sucios todos, enarbolando carabinas Berthier, fusiles Máuser, devolviendo saludos y sonrisas, avanzaba un carro rápido Mercier. Todavía mostraba restos de camuflaje y emplastos de barro, y por su torreta asomaban los rostros de dos soldados nacionales. Uno de ellos era muy joven, soldado raso posiblemente, y en su cara trasminaban la felicidad y el alivio. El otro era mayor, un tipo curtido, cuartelero, y contemplaba a las gentes con una mirada nublada y hosca en la que habitaban, y ocupando el mismo espacio, la curiosidad, el recelo y el desprecio. Una sonrisa desconfiada apareció en sus labios hendidos, de los que pendía un cigarrillo de liar, cuando un par de jovenzuelas se acercó al blindado para ofrecerles un ramillete de flores y una pequeña bandera rojigualda y para lanzarles risas y besos que el soldado joven aceptó con avidez, «¡Qué valiente eres!, ¿cómo te llamas?, ¡eres el orgullo de España!». En el rostro del otro, el de mayor edad, «A saber qué habéis hecho, putillas, durante estos años en Madrid, igual colaborar con los rojos, si no follároslos, y ahora mirad qué felices estáis, qué contentas, qué fácil es la victoria, subirse al carro del vencedor», tremolaba aquella sonrisa tan diminuta y endeble como altanera y despectiva.

Me sentí extraño en medio de tanta algazara. Algo ajeno a todo y bastante desconcertado, incapaz de compartir la euforia. Como siempre en mi vida, era, de nuevo, más espectador que actor. No me consideraba un hombre de izquierdas. Tampoco de derechas, aunque me había criado al lado de mi madre, profundamente católica. En las primeras elecciones en que pude ejercer mi derecho al voto, recién cumplidos los veintitrés años, las de junio del treinta y uno, voté a los liberales de Alcalá Zamora, cuyos resultados fueron bastante pobres. En las siguientes, las de noviembre del treinta y tres, elegí la papeleta de los radicales de Lerroux, que alcanzó el Gobierno con la CEDA. Y en las últimas, las de febrero del treinta y seis, decepcionado con los escándalos de corrupción de los radicales, voté por el Frente Popular, atraído principalmente por la figura de Azaña, cuya personalidad templada e intelectual cautivó a muchos que, como yo, pensábamos que únicamente hombres como él podrían dar a España la estabilidad que necesitaba. Luego, su actitud durante la guerra y su abandono de Madrid me convencieron de que, como alguien había dicho, la política es el arte de servirse uno mismo haciendo creer al resto que se sirve a los demás, y me desencanté de todo y de todos. Ahora, prácticamente finalizada la guerra, solamente anhelaba la paz, el restablecimiento de la ley como abogado que era, la reconciliación.

Aunque en el fondo de mi corazón dudaba de que fuera a ser eso lo que sucediese. Por más que lo deseara. Con toda mi alma.

Recordé entonces lo que había visto esa mañana, cuando caminaba hacia el café Pombo, en la calle Carretas, en la esquina del callejón de San Ricardo: al mismo tiempo que se auspiciaba el final de la guerra, comenzaba un nuevo, inmenso drama. Desde que volví del frente, cada día acudía al Pombo en busca de su café, que, aunque era ya más achicoria que café, seguía siendo uno de los mejores de Madrid. Allí solía verme a diario con Roberto Calero, compañero de estudios y



colega de profesión, mi íntimo amigo o, mejor dicho, mi único amigo posiblemente. Roberto trabajaba en un bufete de la calle de Alcalá y con él compartía una amistad estrecha desde que ambos teníamos memoria. Los últimos acontecimientos bélicos, que auguraban un fin inminente de la guerra, habían sido la comidilla del desayuno con Roberto. La noticia de que ayer, martes, 27 de marzo, el coronel Prada, enviado del Consejo Nacional de Defensa de la estertórea República, se había entrevistado en Ciudad Universitaria con el coronel Losas, al mando de la decimosexta división del I Cuerpo de Ejército de Franco, y que ambos habían acordado la rendición republicana, había corrido como la pólvora. Como una moneda cuesta abajo. Y al mismo tiempo que miles de soldados de la República cogían el metro hasta Cuatro Caminos para desde allí refugiarse en sus casas o cruzar a Vallecas para comenzar el largo exilio hacia el Levante, y que otros soldados republicanos confraternizaban con los nacionales en las trincheras o en tierra de nadie, otros muchos madrileños iniciaban un nuevo calvario: huir de Madrid, dejando atrás sus casas, sus trabajos, su pasado, sus recuerdos, sus ilusiones, en busca de una nueva vida, si es que acaso la había para ellos, que posiblemente no; escapar del miedo a la muerte y de la venganza que conjeturaban de los vencedores. Cada cual lo hacía como podía: en carros tirados por burros o mulos, amontonados en la caja de las carretas sus enseres, sillas, bultos, ropas de cama, barreños de cinc, muebles desvencijados, los objetos queridos, y encima de ellos los niños, los pequeños de la casa, o los ancianos a los que sus piernas ya no sostenían; o en viejos y destartalados Ford T o en arruinadas camionetas Hispano-Suiza los pocos que disponían de vehículos motorizados, incautados la mayor parte; y a pie la gran mayoría, con sacos al hombro y maletas de cartón o hatillos hechos con sábanas.

Pude ver, desde los ventanales del Pombo, los restos que había dejado en la calle esa caravana trágica, agónica. Ho-

llándolos, otros corrían hacia el Prado a recibir eufóricos a las tropas triunfantes.

«Unos ríen, otros lloran. Unos huyen, otros aclaman. Así es la vida. Nunca hay paz para todos. Y ojalá sea en verdad la paz lo que nos va a llegar». Eso pensé entonces, aquella mañana durante mi desayuno en el Pombo, y ese mismo pensamiento me asaltó de nuevo mientras contemplaba la entrada de las tropas de Franco en Madrid. Y me repetí para mí: «Ojalá todo esto nos traiga la paz». Lo que, irresoluto como siempre he sido, dudaba de veras.

Absorto en el recuerdo, sentí que me empujaban desde atrás. Di un paso al lado para evitar trastabillar y tropezar con un arriate y reparé entonces en que un grupo de muchachas, todas muy jóvenes, radiantes, irrumpían en la calzada dando vivas a Franco y al ejército victorioso. Dos de ellas, una morena de notable hermosura con un vestido claro con la falda a media pantorrilla y un pañuelo rojinegro al cuello, y otra algo mayor, también morena, alta y un pelín desgarrada, portaban un cartelón con una efigie de Franco diestramente dibujada.

—Disculpa, camarada —se excusó la primera, que ensanchó su sonrisa, pizpireta, rozándose conmigo, cuando ambos nos miramos.

—No te preocupes, no pasa nada —le dije, sonriendo a mi vez.

—Un gran día, ¿verdad? ¡Por fin!

—Sí, claro. Por fin.

—¿En serio? Pues no se te ve muy contento, hombre.

—Bueno, sí, claro... —«Si supiera que esto va a suponer de verdad el fin del terror y de la violencia, tendría motivos para estarlo, pero la verdad es que no lo sé», estuve a punto de decirle. Pero pudo más la prudencia. Porque, ante todo, eso soy yo: prudente, sensato, juicioso. Timorato, me decía cuando me enfadaba conmigo mismo, lo cual hacía más veces de las que estaba dispuesto a confesar. O cobarde, cuando el enfado alcanzaba proporciones sísmicas—. Ojalá acabe ya todo y haya motivos para la alegría, sí —fue lo que dije.

—Huy, ¿filósofo?

—Uf, no, qué va. Abogado.

—Vaya, abogado. Y con lo mono que eres, camarada... Seguro que tienes una sonrisa preciosa. ¿Por qué no sonrías más, hombre?

Y lo hice de nuevo, ligera, inconscientemente, movido por la ingenuidad de la muchacha.

—¿Lo ves? Así estás mucho más guapo. Oye, después de comer, en Cibeles, se va a celebrar una misa de acción de gracias por la victoria del Caudillo. Si vas por allí, igual te veo.

—Sí, claro, ¿por qué no? —dije, aunque la verdad era que no tenía la mínima intención de acudir. No era yo mucho de misas, que dijéramos. Toda la fe que en el sorteo divino había correspondido a mi familia se la había incautado mi madre. Y además no me sentía parte de todo aquello, era así de simple. Y lo curioso era que tampoco me sentía cerca del bando derrotado. Así era yo, un árbol plantado en tierra de nadie. «Un pajarraco pasmado en medio del averío, sin saber de qué comedero picar, eso eres, Edu, joder», me había dicho no hacía mucho Roberto Calero.

—¿Cómo te llamas, a todo esto?

—Eduardo.

—Eduardo, qué bonito. ¿Y qué más?

—Peña, Eduardo Peña.

—Pues bien, Eduardo Peña. A ver si es verdad que te veo luego. Adiós, camarada.

«Camarada». Al igual que los milicianos de la República. Cuánta verdad es —me dije para mí— que los extremos se tocan. Que todo es confusión y caos. Que lo que antes fue, ahora es el opuesto.

—Adiós, adiós.

Observé cómo el grupo de muchachas, portando el retrato del general vencedor, retomaba sus vivas y aclamaciones. Una de ellas, una pelirroja de grandes pechos, se subió al pescante de una camioneta y estampó un sonoro beso en los

labios de un soldado, que intentó abrazarla y acariciarle los senos bamboleantes. La pelirroja, deshecha en risas, se zafó del abrazo y regresó adonde sus amigas la vitoreaban. Un poco más allá, una pandilla de rapazuelos emprendió una veloz carrera hacia la Gran Vía.

—¿Adónde vais, tabardillos? —les preguntó a gritos una mujer avejentada que llevaba de la mano a una niña macilenta que había estado a punto de ser atropellada por la horda de los chiquillos.

—¡A Lavapiés! —respondió el que iba más rezagado—. ¡Dicen que a la plaza Tirso de Molina han llegado camiones que están repartiendo paquetes con comida! ¡Pan, alubias, galletas, latas de carne y no sé cuántas cosas más! ¡Dicen que es la releche!

—¡Por Dios y por los santos del cielo! ¡Comida, por todos los santos! ¡Vamos, vamos, Amparito! —exclamó la mujer, arrebolada la tez, tirando de la mano de la niña descarnada, «¿Adónde vamos, abuela, por qué corremos?», que comenzó a gimotear, y partiendo a trompicones en pos del grupo de rapazuelos—. ¡Comida, niña, comida! ¡Harina, dulces, y no sé qué más! ¿No lo has oído? ¡Corre, corre, vida mía! ¡Deja de llorar y corre, corre, corazón, que se acaba!

Cerré los ojos, turbado. Aquella escena me recordó el inmenso sufrimiento de Madrid, los largos meses de miseria y hambre. Luego, cuando los abrí, sentí sobre mí la mirada huraña de un hombre que se hallaba a escasos metros y que hasta ese momento se había significado por el tono estentóreo de sus vivas a Franco, por la tensión de su brazo alzado, por sus gritos de «rojos al paredón», por sus insultos a la República agonizante. Era, la que clavaba en mí, una mirada cáustica, arisca y acusadora. Como si en silencio me regañara mi mutismo, mi contemplación silenciosa de la entrada en Madrid del ejército victorioso. «¿Por qué estás ahí tan quieto, tan tieso, es que no te importa que hayamos ganado, es que te jode acaso, es que eres un bolchevique que

se ha quitado el mono y la boina?», parecían decirme sus ojos llameantes.

Le sostuve la mirada durante un momento. No me salía de las entrañas unirme al frenesí, alzar la mano, saludar a quienes a lomos de camiones y tanques entraban en la ciudad. No me salía. Lo que el alma me pedía no era júbilo, tampoco venganza como ese hombre huraño que la demandaba a gritos, sino paz. Una paz que fuera el camino ancho y común hacia el futuro. Habían sido tantos años de guerra. Era tan necesaria la paz. Y, a pesar de la rendición del ejército republicano, no estaba seguro de que la paz fuese a llegar de inmediato. Porque la paz no era solamente que los cañones dejaran de atronar, o los fusiles de disparar, o los aviones de bombardear. La paz era algo más. Mucho más. Todos conocíamos las noticias, que los diarios republicanos aventaban cada día, sobre lo que había pasado en otras ciudades ocupadas. Y aunque solo fuera verdad la mitad de lo que decían, era para preocuparse, para dudar de que todo el horror fuese a acabar con la victoria de Franco. Sabía que la guerra dejaba cicatrices rebosantes de pus que podían hacer imposible la convivencia. Estaba al corriente de que muchos, como ese soldado curtido, cuartelero, a quien había visto asomando por la torreta del carro rápido, volverían del frente llenos de odio, y que el odio era como la mecha de un cartucho de dinamita que, una vez encendida, corría hasta consumirlo todo en un éxtasis incendiario. Así que no, no me salían de dentro ni el júbilo ni el alborozo. No iba a fingir un entusiasmo que no me salía del alma. Miré al hombre de gesto adusto que me observaba ceñudo. Me limité a llevarme la mano al sombrero a modo de cortesía y a darme la vuelta para alejarme de allí. Me costó arrancar, me dolía el muslo como si me lo estuvieran punzando con un hierro al rojo. Sentí como si tuviera en carne viva la cicatriz de la pier-na herida.

Me marché medio cojeando. Pensé en Charo, y me pregunté cómo le afectaría esa paz plagada de odio. Y en Roberto, que trabajaba en un bufete afín a la República. Y en ella, en aquella miliciana que había llenado muchos de los meses transcurridos en Madrid durante la guerra... «¿Qué habrá sido de ti, Clara?», me pregunté. Y un punzón de hielo me escarbó el alma.

Desde que la conocí, un día de octubre del treinta y siete, jamás había dejado de pensar en ella, en Clara. Siempre había sido un recuerdo recurrente. Pero ahora, en esos instantes, resonando en mis oídos el júbilo de la victoria de quienes habían sido sus mortales enemigos, el recuerdo era como un clavo que con cada grito más se adentraba en mi cabeza. ¿Por qué esa persistencia ahora en ese recuerdo de hacía tanto tiempo? ¿Por qué traer ahora, precisamente ahora, a la memoria la imagen de Clara, aquella oscura miliciana de mono azul y pistolón al cinto? Tal vez porque sabía que la suerte de la República iba a ser la suerte de ella. Una suerte dramática, fatal. O tal vez por otra razón en la que no quería ni pensar.

Que la echaba de menos.

Que la seguía echando de menos.

A pesar de todo.

Me dije que mi vida estaba marcada por mi relación con las mujeres. Que cada hito de mi vida tenía un nombre de mujer.

Primero había sido Marisa, en los primeros años de ejercicio de la abogacía, mi novia de siempre, hasta que la perdí, hasta que la guerra la alejó de mí y me la arrebató.

Clara, luego. No sabía su nombre de verdad, pero yo la llamaba así, Clara. Aunque era todo lo contrario. Oscura, bravía, tempestuosa, un trueno de hembra bajo su mono azul, misteriosa e insondable. Hasta que igualmente la perdí, pues dejó de aparecer por el bufete de la noche a la mañana.

Ahora era Charo, Charo Velarde, la mujer que ocupaba mi vida. Charo, maestra en la Escuela Hogar Maestro Ripoll, inteligente, sensata, con tanto dolor albergado en sus adentros.

Todas me habían elegido a mí por razones que ni siquiera podía imaginarme. Pensé en aquella frase que alguien, no me acordaba quién, dijo alguna vez: que la mujer escoge habitualmente al hombre que jamás la escogería a ella.

Abandoné Recoletos en dirección a la Puerta del Sol. Hacía la calle del Arenal. Vivía allí, en esa calle, con mi madre, a unos pasos de la iglesia de San Ginés, convertida en cuartel republicano.

Los gritos de la gente parecieron corear mi marcha:

—¿No decían que no íbamos a pasar?! ¡Pues ya hemos *pasao!* ¡Franco, Franco, Franco!